

democráticos, embellecida por su fervorosa defensa de los «parias de la tierra», perseguidos por una represión feroz.¹⁸

Mas el 2 de diciembre de 1852 no es sino el golpe definitivo que va a dar renovada intensidad a los ideales de libertad y justicia de Víctor Hugo. Su toma de conciencia ante la injusticia social es muy anterior y numerosos indicios lo demuestran¹⁹. El mismo declaraba en 1869 que era «socialista» desde 1828, fecha en que escribió *Le dernier jour d'un condamné*, novelesco, pero estremecedor relato que tal vez sea la más elocuente diatriba del autor contra la pena de muerte. Y si alguien tuviera todavía dudas acerca de la sinceridad de su evolución política hacia el liberalismo, un hecho disipará esas dudas y acreditará la autenticidad de su cambio ideológico. En 1834, el año en que escribe *Claude Gueux*, protesta indignada y vibrante a favor de los desheredados a quienes la miseria impulsa a veces al crimen, la Curia Romana incluye a Víctor Hugo, que nunca ha dejado de ser creyente, en el *Indice de auteurs y libros prohibidos*. Por su parte, Víctor Hugo declarará sin eufemismos: «Llevamos en nuestros corazones el cadáver corrupto de la religión que vivía en nuestros padres»²⁰. Desde entonces puede considerarse consumada la ruptura de Hugo con todo conformismo conservador y, desde luego, con esa turbia y temible simbiosis que es la unión del altar y el trono.

* * *

Cuando ocho años después de *Hernani*, el 8 de noviembre de 1838 se estrena *Ruy Blas* —el éxito de público y el parecer de la crítica así lo proclaman—, Víctor Hugo ha conseguido su obra maestra¹.

La trama, bien conocida, tiene como marco la decadente España de Carlos II, gran acierto para intensificar la crítica social y política; presenta lo que siempre resulta

¹⁸ Vid. MAURICE CHOURY: *Op. cit.*, *Discursos parlamentarios, Histoire d'un crime*, traducida al español por Emilio Castelar, etc. Asimismo, recordemos su escrito dirigido al Gobierno de los Estados Unidos solicitando el indulto de John Brown, un americano de raza blanca que luchó por la libertad de los negros, fue detenido y ahorcado (6-XII-1859): «... oui, que l'Amérique le sache et y songe, il y a quelque chose de plus effrayant que Caïn tuant Abel, c'est Washington tuant Spartacus», en «Actes et paroles. Pendant l'exil-1859».

¹⁹ Así la petición de gracia hecha a favor de Armand Barbés, político revolucionario condenado a muerte en 1839 y que salvó la vida por la intercesión de Víctor Hugo.

²⁰ MICHEL RAGON: «Los libros del pueblo», en *El País* del 22 de mayo de 1985.

¹ Víctor Hugo ha tenido interés en señalar algunas de las fuentes históricas que ha utilizado para esta reconstrucción. Entre otras, *L'état présent de l'Espagne* (1718), por De Vayrac; *Les Mémoires de la cour d'Espagne* y la *Relation du voyage d'Espagne*, por Madame d'Aulnoy. Pero, además, Víctor Hugo ha explicado en su famoso *Prefacio de Cromwell* lo que él entiende por «color local»: Ce n'est point à la surface du drame que doit être la couleur locale (en ajoutant, après coup, quelques touches criardes ça et là...) mais au fond, dans le coeur même de l'oeuvre, d'où elle se répand au dehors, d'elle-même, naturellement, également, dans tous les coins du drame, comme la sève qui monte de la racine à la dernière feuille de l'arbre». Así es muy notable la incorporación de alusiones a costumbres y usos de la época que dan una sensación de realidad que supera con creces la parte de inventiva respecto de los personajes, tales son, por ejemplo, los detalles relativos a la agobiante etiqueta que transforma el palacio real en una prisión para la reina, la referencia a un auto de fe entre los espectáculos organizados con motivo de la boda real, etc.

atractivo, una intriga amorosa embellecida y agudizada por una pasión sin esperanza. A la pasión amorosa de *Hernani*, amor correspondido al que sólo impide llegar a su plenitud en la felicidad un gesto exterior a él, se sustituye ahora una situación más trágica, más audaz también, la del amor no correspondido sino en la muerte.

Un mayor dominio de la técnica lleva la acción a buen ritmo, con equilibrada y atrayente dosificación de los factores que precipitan el desenlace y preparan la previsible tragedia final. Mas, acaso lo más interesante es que el drama no está exclusivamente en la coincidencia de circunstancias desfavorables para los protagonistas: está también en ellos mismos. Los problemas morales y las contradicciones ideológicas planteados se hallan perfectamente integrados en ese panorama histórico de nuestro siglo XVII considerado retrospectivamente. Asimismo, puede observarse que la tesis dominante en este drama es la misma iniciada en *Hernani*, pese a argumentos tan dispares en las dos obras: la afirmación de que la naturaleza del ser humano, su carácter moral, sus cualidades y defectos y, en especial, su concepto del honor son independientes de su clase social, alcanza aquí su expresión más contundente y definitiva. Decía Renan que: «para escribir bien sólo debe escribirse acerca de lo que se ama». Víctor Hugo ha puesto al servicio de sus ideales humanitarios y de progreso social lo mejor de sí mismo y de su mágico poder poético. Tal vez por eso el éxito y la valía de *Hernani* y de *Ruy Blas* sean la mejor confirmación de esa teoría literaria.

Es más, resulta curioso comprobar que los conflictos más importantes tratados aquí son los mismos que ya expuso Víctor Hugo en *Hernani* y que ahora aparecen ampliados, aguzados, llevados al límite y con mayor energía y eficacia persuasivas, gracias a esos versos rotundos, concisos, que evocan conmovedoras resonancias e invitan a la reflexión y al goce estético.

Ya en *Hernani* hemos advertido la expresión «siendo rico volverás a ser hombre». Paralelamente, le dice Ruy Blas a don César para enterarle de la degradación de su posición social: «Cuando me conociste era todavía un hombre, ambos del pueblo, ¡ay! era la aurora»². No cabe mayor refuerzo de esta idea que obsesiona a Hugo. Ya no es un noble movido por el deseo de venganza, pasión aristocrática por excelencia, el protagonista; ahora el personaje principal es un criado que tomará venganza de un noble taimado y felón. La contraposición de caracteres y de jerarquía social la expresará Ruy Blas en un verso lapidario: «Tengo el traje de un lacayo y vos de lacayo tenéis el alma»³.

Por otra parte, todo ese largo parlamento de Ruy Blas tiene gran interés. No se aducen en él quejas vulgares ni lugares comunes respecto del oficio de criado; sus palabras nada tienen que ver con ese socorrido tópico. Son unas confidencias sinceras, hechas a su antiguo amigo, describiéndole su amargura al haber perdido las ilusiones de su juventud cuando forjaba planes pensando en las desgracias de España y quería

² Acto I, escena III: «—Quand tu me connaissais j'étais un homme encore. Tous deux dans le peuple, —hélas! c'était l'aurore!»

³ Acto V: «J'ai l'habit d'un laquais et vous en avez l'âme.»

contribuir a transformar el mundo. Y de todo aquello sólo le queda acerba resignación ante el fracaso irremediable de su vida, fracaso inevitable en una sociedad cerrada ⁴.

Mas, lo que, a mi juicio, cobra mayor magnitud, es haber advertido y sabido expresar la sensación íntima de dignidad y hasta de orgullo que prevalece en Ruy Blas por sentirse superior a lo que le aplasta y que es lo que le da fuerzas para sobrellevar su infortunio. Este criado que «bajo la librea esconde las pasiones de un rey», en su fuero interno está por encima de toda humillación. Y esto lo ha dicho Hugo con extraordinaria y penetrante intuición en un verso magnífico muy en consonancia con la grandeza de lo que expresa: «No siento esta librea infame, porque llevo en el pecho una hidra con dientes de llama» ⁵.

Asimismo, la invectiva que doña Sol, impulsada por su amor, dirigía al rey don Carlos y que denunciaba una sociedad que asigna la prioridad del individuo atendiendo a su posición social y no de acuerdo con sus méritos personales, es crítica que se repite aquí llevada al extremo de hacer realidad lo que es, todavía, una utopía. En *Ruy Blas*, sin contar con la fabulosa antítesis, tan del gusto de Hugo, que contrapone la omnipotencia divina al poder de una mujer, la acción llega mucho más lejos que en *Hernani*: se lleva a efecto la concesión de un cargo de gobierno sin tener en cuenta más méritos que los del propio designado. Bien es verdad que la reina se siente atraída hacia Ruy Blas y le da ese nombramiento creyendo que él es el noble don César. El amor de «un gusano, enamorado de una estrella», nunca podría colmar el foso de tan abismal diferencia jerárquica.

A propósito de esta obra se ha hablado de «fatalidad social». Mas, la reina dice bien claramente: «Donde Dios te hubiera debido colocar, una mujer te coloca» ⁶, declaración más enérgica que la hipotética y, por tanto, más tímida formulación de doña Sol en *Hernani*. En *Ruy Blas* se ha pasado del plano providencialista al plano humano. Lo que Dios no ha hecho lo deben hacer los hombres. En este caso, lo hace la reina, que es quien ostenta el poder, un poder que es legítimo si es justo. La sociedad es obra del hombre; por tanto, no hay, no debe haber, fatalidad social. La

⁴ «Oh! quand j'avais vingt ans, crédule à mon génie, / je me perdais, marchant pieds nus dans les chemins, / en méditations sur le sort des humains; / j'avais bâti des plans sur tout —une montagne / de projets—; je plaignais le malheur de l'Espagne; / je croyais, pauvre esprit, qu'au monde je manquais...» dice Ruy Blas al meditar sobre su vida vacía. Salvando todas las distancias, esas palabras nos han traído a la memoria la terriblemente serena meditación que acerca de su vida, cuando su existencia ya no tiene objeto, va haciendo Ibbieta en espera de ser fusilado: «J'avais voulu libérer l'Espagne, j'avais adhéré au mouvement anarchiste, j'avais parlé dans des réunions publiques; je prenais tout au sérieux, comme si j'avais été immortel». JEAN-PAUL SARTRE: *Le mur*.

⁵ «... je ne sens pas cette livrée infâme car j'ai dans ma poitrine une hydre aux dents de flamme». André Bellessort ha comparado la reacción de Ruy Blas con la de *Jacques, le fataliste*, de Diderot (citado por Pierre Richard en su edición de *Ruy Blas*, Larousse, S. A., que, a su vez, ha visto cierta analogía entre los sentimientos de Ruy Blas como lacayo y el relato de Rousseau, en sus *Confesiones*, cuando era sirviente en una casa noble). Repárese en lo pertinente del empleo del adjetivo «infame», es decir, etimológicamente «sin honor»: el pueblo, y particularmente los criados, carecían de «honor» en aquella sociedad.

⁶ «Où Dieu t'aurait dû mettre, une femme te met». En otra ocasión Hugo dirá que «el hombre vale por lo que hace», frase recogida por JEAN DELALANDE: *Victor Hugo à Hauteville House*, París, Albin Michel, 1947, pág. 38, nota 3. ¿Reminiscencia cervantina de «El hombre es hijo de sus obras»?